

Toda la correspondencia

AL ADMINISTRADOR

D. Pedro Motilba

RAMBLA DEL CENTRO

Kiosco n.º 3

La Saeta

SEMANARIO ILUSTRADO

PRECIOS
DE SUSCRIPCIÓN

Semestre . 6 Ps.

Un año . . . 11 »

EXTRANJERO

Un año . . . 17 »

AÑO XI

BARCELONA 18 DE ENERO DE 1900

Núm. 478



BIAN-KA

REUTLINGER

Dos juramentos

FUERON los mejores amigos del mundo, hasta que se interpuso en el camino una mujer, la hija del *tío Pena*.

Pepa era una hermosísima valenciana de ojos negros, velados por largas pestañas, esbelto talle, alto seno... lo que vulgarmente se llama una buena hembra.

Por ese tesoro de gracias estaban que bebían el viento Andrés y Luis, hijos de dos ricos labradores del pueblo de Chelva.

Los dos galantearon á Pepa; pero, naturalmente, uno fué el favorecido: el último.

Cuantos medios puso Andrés en práctica, para lograr el cariño de la hermosa valenciana, fueron inútiles. Ni ruegos primero, ni las amenazas después, consiguieron ablandar su corazón. En él sólo reinaba la imagen de Luis, al que quería con toda su alma.

Una noche en que, como de costumbre, se hallaba la taberna llena de mozos, entre los cuales se encontraban los dos rivales, faltó muy poco para que ocurriera un lance desagradable.

—Oye, Luis, dijo uno, se corre por el pueblo que estás arreglando los papeles para casarte con la Pepa, ¿es verdad?

—Tan cierto como que ahora es de noche, respondió el preguntado.

—Pues dí que la cosa ha ido de prisa.

—Como que *esa* estaba deseando *casaca*, dijo Andrés mediando en la conversación; pero anda, que al que se case con ella, le compadezco, porque, según se dice...

—Todo lo que hablen es mentira; y el hombre que hable mal de ella, es un canalla que merece le escupan la cara.

—¿Dices eso por mí?, preguntó Andrés en tono agresivo.

—Por ti y por todo aquel que la calumnie. Y al decir esto se puso violentamente en pie.

Salieron á relucir las navajas, rodaron con estrépito las banquetas y aquello hubiera acabado de mala manera, á no evitarlo los amigos de ambos.

—Nos veremos, dijo Andrés ahogándose de rabia, por estas... te juro que nos veremos.

Luis no hizo caso de las amenazas de su rival; y aquella misma noche acudió á la reja para hablar con su novia, según tenía por costumbre.

La víspera de la boda, se cantó y se bailó en casa del *tío Pena*, terminando la *juerga* á muy altas horas de la noche.

El último que salió de la casa fué Luis, despidiéndole Pepa con estas palabras:

—Que no me hagas esperar mañana en la iglesia.

—Puede que llegue antes que tú, respondió él.

Pensando en su propia dicha y haciendo castillos en el aire, desembocaba Luis en la plaza, cuando oyó pronunciar su nom-



—CUANDO ME ABRE ASÍ LOS BRAZOS LA PEREZA, ME DA UNAS GANAS DE CERRARLOS Y APRETAR...!

bre. Al volver la cabeza, se encontró con Andrés, quien le dijo, poniéndose horrorosamente pálido:

—Te estaba esperando para que habláramos.

—Tú dirás.

—Mira, Luis: he jurado que si Pepa no era mía, no lo sería de nadie. Más de una vez he tenido la intención de matarte; hoy ya no puedo más, tú ó yo sobramos en el mundo. Toma, prosiguió, aquí traigo dos cuchillos para que riñamos.

—Yo no riño contigo ni con nadie, y menos á sangre fría.

—¿Es que tienes miedo? ¡Cobarde!

Luis sintió como una oleada de fuego en su cerebro, pero el recuerdo de Pepa le contuvo.

—Déjame seguir por mi camino.

Y echó á andar. Andrés le cogió por la chaqueta y le abofeteó.

Ya no fué posible la prudencia, y aceptando el cuchillo con que le brindaba su enemigo, se dispuso á la lucha.

Poco duró; Andrés, gran tirador de navaja, le dominaba por completo.

A los pocos instantes caía Luis al suelo con el corazón atravesado de una puñalada tremenda.

* * *

El templo brillaba como ascua de oro; sólo faltaba el novio para empezar la ceremonia, cuando se presentó el padrino, pálido de terror, dando á conocer el triste fin de Luis.

Ni una lágrima brotó de los hermosos ojos de Pepa, y aunque adivinó quién era el asesino, ni una palabra dijo para delatarle; pero allí, en el mismo altar donde debía haberse unido con el hombre á quien adoraba, pronunció un terrible juramento: el de vengarle.

* * *

Y le vengó. Pepa era una de esas mujeres por cuyas venas corre aún sangre mora y en cuyo corazón se inflaman los más vehementes sentimientos, el amor apasionado, el odio bestial.

Inquirió y logró averiguar el paradero de Andrés, cuidadosamente escondido para escapar á los recelos y á las suspicacias de la justicia. Y no se sabe lo que medió entre la hembra rabiosa y el encelado amante, pero sí que á los tres días del primer crimen, el rival preterido se encontró muerto á las tapias del pueblo.

Y lo más raro, lo que comentaba todo el mundo, es que Andrés no cayó, como Luis, víctima de un golpe certero.

Tenía el cuerpo materialmente cosido á puñaladas.

ENRIQUE ASENSI



JUGUETONAS

ÍNTIMAS

Tanto he llorado que, á fe,
estoy de llorar cansado,
y ahora me río porque
las lágrimas he agotado.

* * *

Cien billetes tengo tuyos,
en que pintas tu querer:
me mandas uno de banco
y quédate con los cien.

«A la vida de mi vida,»
me puse un día á escribir:
mi madre se fué á la Iglesia
y mandó doblar por mí.

* * *

Sé que pasas muchas horas
en el tribunal de Dios:
¡quién fuera confesionario,
digo mal, quién confesor!

¡Cuán negra la luz sería
que nos envían los soles,
si antes de llegar pasara
por la conciencia del hombre!

* * *

No pienses que han de saber
lo que en tu casa pasó:
los secretos de mujer
los sé guardar muy bien yo.

J. BORRELL



EN EL ESTUDIO



ODALISCA

RESINA

NOTAS É IMPRESIONES

EL PERIODISTA



—ME HACES DAÑO. —¡COMO QUE NO TENGO MANO DE BARÓN!

QUERIDO Luis: No leéis periódicos jamás; hacéis bien, tenéis razón, y lo apruebo con toda mi alma, porque ¡es tan dulce no saber lo que pasa! En cuanto á mí es diferente; todos los días leo las hojas grandes y pequeñas con avidez, con rabia, con un cuidado minucioso, desde la indicación «Vigésimo año,» hasta el nombre del impresor, rodeado de filetes y de adornos tipográficos. Y leo, nó para enterarme de los acontecimientos; bien sé que nunca acontece nada, y que no hay sucesos, quiero decir, sucesos importantes, de carácter absoluto; porque el hombre ébrio que fué aplastado ayer, á las tres, en la calle de Brise Miche, pudo muy bien haber vivido dos mil años antes y ser aplastado en una calle de Nínive, bajo

el reinado de Nabucodonosor. Nó; lo que me interesa en este asunto no son los periódicos, son los periodistas. Y si he de deciros entero mi pensamiento, desde el primero al último todos me parecen sublimes y no me canso de admirarlos. ¡Qué gasto de talento, de intuición, de invención, de imaginación, de genio sin cesar renovado! ¡Cuántos toneles de Danaides colmados hasta desbordarse, y que inmediatamente es preciso volver á llenar! ¡Cuántos vanos celajes abrazados en el vacío quimérico, y, sin embargo, fecundados! ¡Cuántas rocas de Sísifo rodadas desde lo alto de la montaña ruinosa, sin detenerse nunca, comenzando siempre!

¡Pues bien!, hé aquí su fuerza; así se vuelven magos incomparables. Y es que tienen por inspiradora, por musá, por guía implacable, que sin cesar los impulsa, y los hostiga, y les clava en el dorso su aguijón, la impetuosa, la bienhechora, la salvaje Necesidad. En efecto, ella sola es quien forma á los artistas y á los obreros ingeniosos; fuera de ella no hay más que

aficionados, gentes que trabajan cuando están de humor, es decir, casi nunca.

Chateaubriand, Guizot, Lamartine y todos los grandes hombres de este tiempo, en ciertos momentos han sido periodistas; y el implacable Teófilo Gautier ha debido á la saludable esclavitud del periódico el don de estar siempre inspirado, en cualquier instante, y de tener á su disposición los tropos, las imágenes, todas las palabras hermosas y todas las frases elegantes que le permitían estar siempre pronto á expresarlo y á escribirlo todo con absoluta perfección. Mas ¿para qué citar nombres tan ilustres? Cuando admiro á los periodistas, no pienso en estos colosos, sino en los más humildes y en los más ínfimos, en los más oscuros de todos, que también ellos realizan prodigios y milagros, y tan frecuentemente, que no se fija en ellos la atención y ni aun ellos mismos lo advierten.

¿No os admira? Todas las mañanas, sin descansar jamás, entregan al público pasajes sublimes, entusiásticos, cómicos, irónicos, jocosos; á veces hasta dan buenas razones; y, como un pianista de largos dedos de azogue, hacen tronar, cantar, murmurar y reír sin fin todo el teclado sonoro. Lo que ignoran, están obligados á saberlo, y lo saben; lo que no pueden hacer, lo hacen; de su espíritu agotado extraen invenciones inagotables; sumergen sus dedos en sus bolsas vacías, y arrancan de ellas puñados de oro.

Me refiero sobre todo á los periodistas franceses y parisienses, porque como ha dicho Molière en el tercer acto de «El Avaro:» «¿Qué maravilla es hacer buena comida con bastante dinero? Es la cosa más fácil del mundo, y no hay pobre de espíritu que no pueda hacer otro tanto. Para obrar como hombre hábil, es preciso hacer comida barata con poco dinero.» Puede decirse sin ofender á nadie, porque es evidente: como todas las cosas, nuestros periódicos se hacen, relativamente cuando menos, con muy poco dinero. Los ingleses y los americanos usan del telégrafo sin límite y sin economía, como un ciego de su clarinete; fletan navíos y los envían al fin del mundo para contemplar cualquier cosa; por todas partes sostienen en el extranjero corresponsales, de los cuales el más pobre podría dar limosna á un nabab. Con todos sus poderosos medios de información, tienen un capital sólido y real, que sus periodistas están solamente obligados á poner en circulación. Los nuestros, por lo contrario, deben guisar en su cocina según el sistema de Harpagón: con nada; acomodan *nada de todo* en una cacerola ideal, donde si algo fríen, en efecto, es su alma y su cerebro; sin embargo, la salsa es buena y cualquiera saborearía la succión de sus dedos. Y si privados de los elementos más indispensables quedan iguales y aun superiores á sus colegas de Ultramar, es porque tienen necesidad por la tarde del dinero que han ganado por la mañana, condición que siempre ablandará las peñas y las forzará á entreabrir sus horrorosos senos para dejar correr la linfa pura y cristalina.

Lo repito: están patrocinados por la excelsa diosa, superior á todas las obras, la dulce y cruel Necesidad. ¿No es ella la que inspiraba al Homero antiguo y al Homero nuevo, al de la «Iliada,» como al de la «Comedia humana?» El anciano ciego errante por las aldeas de la Atica cantaba la cólera de Aquiles y el combate frente á los buques, para obtener en las puertas de los hogares un poco de pan y algún pedazo de carne; y para asalar á algún portero de encorvadas uñas, cantaba el divino hijo de Rabelais las luchas de Arthez ó el martirio de Birotteau. Creaban obras inmortales, porque no tenían libertad para obrar de otro modo.

Ved cuán fecundos eran los poetas dramáticos en aquel tiempo en que una comedia duraba quince días, y cuando después necesitaban escribir otra para comer. Entonces todas se escribían en verso, y en buenos versos para lograrlo; hoy nuestros autores, que, gracias á Beaumarchais y á Scribe, tienen tiempo de investigar, de aplicarse, de escribir en prosa, componen en su vida una veintena de piezas; mientras que Calderón, sin contar sus autos sacramentales, sus intermedios y sus innumerables poesías, compuso ciento veinte comedias, después que Lope de Vega había hecho representar mil quinientas. El periodista está ahora donde otras veces estuvo el poeta; no hay tiempo de reflexionar ni de distraerse; así es que se ve obligado á ser universal, y á comprometerse, como Satanás frente á dos reyes, á no ausentarse nunca, ni á decir: *Estoy ahí*.

Para mostraros un ejemplo decisivo de los milagros que produce la Necesidad, y puesto que esta carta no la leerá nadie más que vosotros, voy á referiros á qué circunstancias extraordinarias debió su fortuna el célebre Pablo de Morgant. En una época ya lejana, y viviendo como periodista, día por día y minuto por minuto, se había hecho amigo de una actriz nombrada Luz Diefiers, muy aplaudida en el teatro de la Opera cómica. En la mañana del día en que esta linda joven iba á crear un papel muy importante representando una pieza nueva, su modista, á quien amenazaba la quiebra, cerró el establecimiento y huyó, llevándose el vestido de Luz. Otra modista se comprometió á hacer el traje para el mismo día, puesto que era preciso, pero exigía para entregarlo dos mil francos á cuenta. En este caso no puede recurrirse á los ricos, que no se deciden tan pronto; Morgant fué, pues, quien tuvo que encargarse de encontrar la



—¡QUÉ MAL ME TOMÓ LA MEDIDA! ¡CLARO, ERA TAN VIEJO!



D'ALENÇON

REUTLINGER

suma. ¿Por qué medios? Esto era lo que él pensaba melancólicamente, recorriendo los *boulevares* con tres francos cincuenta céntimos en el bolsillo.

En tanto que estudiaba este problema insoluble, encontró al director de un periódico importante, á quien vió exaltado, desesperado, loco, presto á entregar su alma al diablo y á arrojarse á un río. Para una gran combinación financiera, este potentado tenía necesidad de un artículo de fondo sobre los algodones, que tratase la cuestión en todos sus detalles, y la desgracia había hecho que el solo especialista en este género hubiese partido precisamente la noche anterior para Pondichery.

Morgant no vaciló. Reveló al secretario del periódico que él era un *algodonista* de primera fuerza, y que daría el artículo en algunas horas, pero mediante dos mil francos, pagados al recibirlo. Cerrado el trato, el periodista corrió á la Biblioteca; no leyó, ¡claro está!, pero vió, hojeó, adivinó todo lo relativo á la industria algodonera, y temiendo perder el favor de la actriz, escribió su artículo, obra maestra, que se considera hoy como clásica.

Naturalmente, después de haber enseñado al público, se enseñó á sí mismo; cuantas veces los algodones estuvieron en juego, las revistas y los periódicos se dirigieron á él, y sus conocimientos en esta materia le hicieron entrar en la Cámara, donde, siempre que se trataba de algodones, sus colegas le escuchaban religiosamente y no se atrevían á contradecirle. El propietario de una de las más grandes hilanderías de Francia, estando próximo á morir, suplicó á Morgant que se la comprase, y multitud de socios capitalistas se le ofrecieron, temblando de ser desechados. El antiguo periodista, que no había roto su pluma, pues escribía aun algo cuando los algodones tenían necesidad de un abogado y de un intérprete, administró admirablemente su hilandería y ganó millones, porque se había vuelto, en efecto, muy hábil en la ciencia que le había enseñado la casualidad. Noble, se desposó con una joven noble; llegó al poder por la fuerza de las cosas; fué tres veces ministro, después embajador; es gran oficial de todas las órdenes de Europa, y probable es que su hija primogénita, Marta, se una en matrimonio con un duque reinante.

Como véis, mi querido Luis, Pablo de Morgant ha debido todo esto á la condición que le fué impuesta de escribir un artículo á escape. No todos los periodistas llegan á millonarios y ministros; pero como no reposan nunca, muchos de ellos pueden esperar que aprenderán á escribir, semejándose á los bailarines, que acaban por saber bailar á fuerza de bailar siempre.

TEODORO DE BANVILLE

Cuartillas sueltas

TODOS estamos *gripaos*,—como dice mi patrona.

Y, en efecto; si tú, lector, no lees estas cuartillas muy arropadito, forrado de lana, envuelto en pieles, apuesto á que no pasan cinco minutos sin que sueltes el primer estornudo.

Guárdate de un aire colado... y de los discursos de tantos *homes rules*, ú hombres rulos, ó ruladores, como andan rulando, rulando por ahí.

El dengue es el mismo diablo, según su nombre indica, y adquiere diversas formas para hacernos rabiarse.

Ora la forma de mujer retrechera y casquivana que nos hace cosquillas; ora la de vientecillo sutil que nos destruye un pulmón ó nos golpea en las espaldas; ora la de propagandista elocuente; ora... pro novis.

Esta última es la más triste y peligrosa, porque los latinajos baratos de cura de misa y olla, anuncian casi siempre el desenlace fatal, la tribulación y el desconcierto.

¿Quién no está enfermo ahora, víctima de eso que llaman la enfermedad reinante?

Es verdad, vaya si es verdad, que lo mismo tienen algunos la *gripe*, que yo soy príncipe de las milicias. Sienten un poco de malestar, fuerte dolor de cabeza; irritación de nervios y de narices; les lloran los ojos; sacan la lengua delante del espejo y la ven sucia, y llaman de prisa y corriendo al facultativo:

—Doctor, yo soy un *caso*, me encuentro grave; sálveme usted.

Los médicos están aburridos y se dan á todos los dengues, ó sea á todos los demonios.

Sé de uno que ha quitado la placa de la portería, y cuando preguntan por él, si á través de la rejilla no se dan las señas de un parroquiano que sea ya conocido de la casa, contestan invariablemente:

—No vive aquí, se ha mudado sin dejar la dirección.

Los más de los galenos no saben qué recetar.

El enfermo ha dado en la flor de que no tiene un simple resfriado, y no traga las pastillas ni los sudoríficos.

—Más, más—dice al pobre discípulo de Hipócrates, —y como éste no halla en la farmacopea remedio contra aquel dengue embustero é impalpable, cansado y aburrido al fin, va y receta leche.

Mucha leche.

La epidemia que hoy nos tiene bajo sus garras se cura así, con leche.

Es la fórmula eterna de Puchetas y la característica del mal.

No hace muchas tardes me decía desesperado un vaquero:—En toda Barcelona no hay un litro de leche.

Por supuesto, que en muchas vaquerías se aprovechan del caso, y además de darla aguada, la dan con sisa, como los sastres y como las pobres chicas de servicio.

Claro está que yo lo tomo todo á broma, y que la mortalidad ha subido en proporción inversa á la temperatura.

Pero no es menos cierto que no hay motivo para alarmarse.

Estamos todos *gripaos*, aún los buenos, porque en España la enfermedad es nó endémica, sinó permanente.

¡A ver quién no ha sentido el dengue de Romero Robledo, y la influenza de los modernos regeneradores, y el proverbial y célebre *gripe* de Sagasta!

CLAUDIO UGENA



D'ALENÇON

REUTLINGER



EN LA AZOTEA.—HACIENDO DIABLURAS

Quien se va...

Cual nido oculto en pertumada fronda,
entre naranjos tu mansión se esconde,
y llegan hasta allí tibios perfumes,
de cantos y aleteos los rumores,
y la luz luctuosa de la luna
á través de las gasas de la noche.

Yo era muy niño cuando ví tu rostro;
yo era muy niño cuando entré en tu bosque;
tú, una mujer que al santo amor llamabas
en los brazos meciéndote de un hombre,
y «á ser yo Dios»—dije, pondría un cielo
para adorarte á ti en estas regiones.

De pronto oí tu acento y me detuve,
tu enamorada queja deleitóme:
—«Morir tú, esposo mío? Nó, decías;
yo no puedo vivir sin tus amores.»
Y un beso y un sollozo confundidos
despertaron el aire con su roce.

Pasé un año sin verte; una mañana
á tu mansión volví: ¡todo era fiesta!
tus risas y tus cantos; los perfumes
y la luz de la alegre primavera
y los balcones de tu estancia mora
con sus tiestos floridos y macetas;

de tu esposo, la muerte por tí supe;
pero supe también que tu alma bella,
en dos mitades por igual partida,
entre un muerto y un vivo estaba presa,
y nó en crespones de llorado luto
tu cámara nupcial, ni muda y tétrica.

Pasé por salas de insultante lujo;
y en donde el arte amontonó bellezas,
ningún recuerdo del primer amante,
ningún recuerdo pude ver en ellas,
que era otro el amor que allí imperaba
con absoluta, señorial diadema.

Pero allá en un rincón de los desvanes,
cual mueble inútil, polvoriento, en tierra
su retrato yacía, siendo pobre
escondrijo de insectos y miserias,
y en donde há tiempo que tejió tranquila
y en paz la araña sus lucientes telas.

¡Qué tristes pensamientos en mi mente
despertó aquel retrato, Blanca Pepa!
sentí mi corazón ¡ay! oprimido
por torturante y angustiosa pena,
y una lágrima corrió por mis mejillas
al pensar que cual él verme pudiera.

FELIPE DURO AGUADO



—¿DE MODO QUE HABÉIS REÑIDO DEFINITIVAMENTE?

—SÍ; PERO NO ME IMPORTA, PORQUE HACE TIEMPO QUE LE TENÍA Á TURNO DE DOS.

LO QUE Á MÍ SE ME FIGURA

«¿QUIÉN?—dijo San Pedro, asomando por la puerta celestial su venerable cabeza, circuida de hilos de plata.

—Un alma ansiosa de entrar en el cielo.

—Que enumere sus merecimientos y después veremos si es digna de que se la conceda la felicidad.

—¿Tiene usted mucha prisa, apóstol venerable?

—Nunca tengo prisa cuando se trata de oír la justificación de un espíritu.

—Pues, entonces, sentémonos, porque va para largo.

San Pedro atrajo hacia sí un plateado *cumulus* y, arrellanándose bien cómodamente en él, se dispuso á escuchar.

—Yo, señor,—empezó el espíritu—he tenido una juventud algo borrascosilla; como la mayor parte de los muchachos del día, aborrecía todo lo que trascendiera á estudio serio: odiaba las ciencias, aun reconociendo las bondades de su conocimiento; en cambio amé furiosamente las artes bellas en todas sus manifestaciones; las letras sobre todo...

—Malo... Malo...

—Espere usted, señor; muy joven, un niño todavía,

era un día risueño que alumbraba un sol fecundador de primavera,

huí de mi casa para marchar á la capital, donde mi corazón me gritaba que estaba mi porvenir entero y el logro de mis locas aspiraciones: poco después de mi llegada murió un gran literato, respetado de todos los de la comunidad por su soberana valía, al cual espero encontrar ahí dentro...

—Falta que se te dé á tí licencia para penetrar.

—He hecho tanto, y tantísimo, que casi tengo la seguridad de ello.

—Mucha confianza tienes en tí... En fin, prosigue.

—Como iba diciendo; muerto aquel hombre magnífico, lleváronle á enterrar y yo le canté, venerable santo, poseído de una inspiración rara y especial, todo sentimiento, dulzura, pasión que nacía á borbotones de mi alma, escapándose por la boca en frases afiligranadas y pulcras, como tamizadas en el

yo de ahora, desligado de la esclavitud de la materia, y muy distinto del *yo* de antes, sujeto á las tardanzas y oposiciones del cuerpo. Cuando canté en aquella ocasión, ese mundo que queda ahí abajo me fué conociendo, y desde entonces los vítores y las alabanzas se sucedieron.

«Mas es tan frágil, tan vana,
la felicidad terrena,
que todo nos lo envenena
la desazón más liviana.»

Por eso también vendí yo obras mías por un miserable puñado de pesetas, llegando, en momentos de amargura que ahora me favorecerán, á no tener ni qué comer, ni con qué vestir...

—Y, claro, con esos aplausos nació la vanidad en tí...; circunstancia agravante.

—Vanidad, sí, ilustre ex pescador; pero vanidad singular, no parecida á ninguna otra: algo así como la conciencia que tenéis vos de vuestra perfección y superioridad sobre mí: vanidad *espiritual*..., si se puede usar esta frase.

San Pedro mira irritado al espíritu, y un relámpago rasga la atmósfera azul por debajo del *cumulus* en que ambos platican.

El alma tiembla y balbucea:

—Cierto que dentro del vicio vanidad no cabe esa jerarquía: sin embargo, Dios, que lo sabe todo, me entiende lo bastante y perdona la blasfemia.

—Al arrepentimiento sigue el perdón. Te perdono; pero mucho cuidado con las expresiones.

—Lo tendré presente..., y continúo: durante medio siglo he seguido arrancando armonías de las cuerdas de mi lira, que era fecundísima en endechas, pues así plugo al Creador dármele con la vida mía. Yo he glorificado las ideas religiosas de mi patria, ensalzando siempre la virtud y labrando cárceles para el vicio: mis creaciones...

—¿Cómo creaciones?...

—Hablo en *metáfora*, portero celestial: disculpadme y me corregiré. Mis obras, mis trabajos, están dedicados á cantar, unas veces la loca edad de las justas y torneos en que cada



—¡VOY Á ENTRAR EN SUERTE,
CABALLEROS!

caballero moría gustoso por disputar la banda bermeja que bordara la señora de sus pensamientos; en otras ocasiones los temerarios *juicios de Dios*, con aquellos hombres de épocas pasadas, hierro por dentro y hierro por fuera, que parecían formados de pedacitos de honor, trozos de hidalguía, partículas de bravura é incrustaciones de amor apasionado y puro hacia Dios, Patria y Rey, su divisa eterna.

—Sigue, sigue; que ahora es cuando empiezas á hablar con algo más de cordura.

—«Por donde quiera que fuí» dejé versos y dramas. El rey, tildado de malo y malo por obligación, por razón de su época y de la chusma que le rodeaba; otro rey, cuyo paradero desconocela historia, pero que yo he resucitado para dignificarle; las reyertas en defensa de la inviolabilidad de leyes y fueros contra el *extranjerrismo* que en ciertas épocas ha agobiado á nuestra España: la lascivia de un emperador hereje con una mártir cristiana, burlada aquélla con el sacrificio de ésta; los hechos hazafiosos de nuestros valientes antepasados; los *cármenes* de Granada; las huertas de Valencia; los *ecos de las montañas*, todo eso y más, mucho más, palpita en mis obras; lo uno para ensalzarlo, lo otro para que merezca desprecio, aquello para otorgarle disculpa; pues que en ellas alienta siempre el grande amor á la patria, á sus glorias y triunfos, germinado en mí con el primer trazo de mi pluma.

Porque,

«cristiano y caballero, como español sin tacha canté la fe y las glorias que en mi nación hallé, pasé del torbellino del siglo en una racha: de mucho que dí á muchos, no guardo ni una lacha, yo no he vendido nunca mi pluma ni mi fe»

como dije en ocasión solemne para mí, en un día memorable que nunca podré olvidar, ni hombre, ni bardo, ni espíritu.

—¡Calla, poeta, calla!...

—¿Me dais billete para entrar, señor?

—Sí; te considero digno de ello: llegarás hasta tu Dios y Señor, Supremo Juez en todo asunto de cielo y tierra.

—Anunciadme á Él.

—Yo no puedo, porque mi obligación me precisa servir aquí de antemural contra las almas de los taimados que, vestidos exteriormente de candor é inocencia, pero enlodados por dentro, tratan de llegar hasta la presencia del Creador. Haré que te anuncien.

Y San Pedro hizo entrar al incorpóreo postulante por la puerta celestial, haciendo él lo propio. Luego

gritó con voz estentórea, que fué chocando contra las nubes de la mansión divina:

—¡Genios buenos que estáis en el cielo; ángeles, patriarcas y serafines; espíritus todos; lanzad al aire las melodías de vuestras arpas, pulsad las cuerdas de vuestra lira y formad en columna de honor, porque en este mismo instante marcha á la presencia del Señor de todos, el espíritu del poeta Zorrilla!

EDUARDO MARTÍN DE LA CÁMARA



SERPENTINA

Cañitas

I

No digas á tu mujer que hay alguna que te gusta; ¡que verá la fruta verde y dirá que está madura...!

II

El que buenas obras hace procure que no lo digan; ¡que cuando es bueno el papel arde y no deja ceniza...!

III

Yo te exijo que me mires con ojos de compasión, porque si no, aunque lo jures daré por falso tu amor.

IV

Deja que entone mis penas cerquita de tu ventana; ¡para rezar á la Virgen van á su altar á buscarla!

V

Al calor de tus suspiros forjo yo mis pensamientos, ¡echa la culpa á tu alma si son malos ó son buenos...!

VI

Mira tú qué lindo cuadro bajar á Dios de la Cruz. ¡Ojalá fuera yo Cristo y fueras la Virgen tú...!

J. ENRIQUE DOTRES



—¿QUIEREN QUE LES ADIVINE EL PENSAMIENTO?

LA APOSTASÍA DEL DOCTOR

DEL Adrovev era un sabio, y no ilustre como lo son muchos, gracias á patentes académicas, que por raro acierto certifican la verdad; tenía muy bien ganado el título y se le consideraba con justicia docto entre los doctos. Oíase su palabra religiosamente, aun exponiendo aquellas teorías tan raras y extravagantes cuando hablaba de la existencia y del derecho á la vida. Decía, por ejemplo, que el hombre, respecto de la naturaleza, no era el mismo ser considerado socialmente, y esto, como es natural, no lo entendían las muchedumbres. No creía en una porción de cosas: no creía en el alma, y no creyendo en ella, razonaba en cuanto al entendimiento como psicólogo profundo; aceptaba el no ser, fuera del dominio de la materia, y trataba al mismo tiempo del ser consciente y responsable. Un lío, en fin, para los que no saben abstenerse y encerrarse, dominando al pensamiento (como él decía) en el círculo de la conciencia.

Lo que sí puedo afirmar yo es que del Adrovev daba quince y raya en punto á moralidad al más austero de los hombres; no disculpaba vicios ni debilidades, y no había juez que le igualase en ser duro é inflexible. ¡Cuántas mujeres que tenían fama de intachables hubiera condenado él á la pena de azotes! ¡Cuántos hombres á pernear en la horca! Si imperara su fuero, estoy seguro de que no habría manera de constituir un ministerio español. Fuera de agradecer, al fin y al cabo, porque así nos echaríamos de encima la plaga de caciques que nos ahoga, manteniéndonos en inacabable dominio feudal. Rígidos como del Adrovev me den para pan de cada día.

En lo que no transigía era en el capítulo de las relaciones sexuales; para él la aproximación del macho á la hembra no podía aceptarse como mero acto fisiológico, y lo que para otros pasaba como regla sancionada por la ley ó la costumbre, considerábalo mi hombre monstruosa aberración del sentido moral. «¿Qué es el matrimonio? (explicaba). O un hecho estúpido, ó una consecuencia criminal. En todo caso una agresión. Siempre una fórmula de esclavitud en donde el deber no está compensado, y en que naufragan todos los derechos individuales. La negación de la conciencia. Y en los casos mejores, un eclipse que sufre la voluntad.»

Conviene anotar que del Adrovev se mantenía célibe, y que hablo ya de una fecha muy adelantada en sus años, pues frisaba con los sesenta y cinco. Había sentido en sus mocedades el impulso de la bestia, y por fortuna para su credo filosófico la mujer con quien



WANDA BONCZA

REUTLINGER



LA VISITA MÁS SIMPÁTICA

Del Adrovev había sido serio hasta entonces, y volvió, sin darse cuenta de lo que hacía, á la edad del moco y de las puerilidades. Había que verle primero meciendo en sus brazos aquel muñequín adorable, cerrando todas las puertas y ventanas, y consultando todos los libros de su biblioteca en cuanto oía el más leve estornudo; y había que verle después poniéndose á gatas para que el arrapiezo se le montase encima, haciéndole servir de burro, á él que tan sabio era, gritando con su media lengua trapajosa:

—¡Are! ¡are! ¡Macha, cavalo, macha!

¡Hombre, pero si aquello no era una chiquilla de dos años, sinó que lo menos, lo menos parecía tener veinte! ¿Dónde iban á parar todas sus sabiburías con las que aquel muñeco se traía entre ceja y ceja? ¡Cuidado si era lista! En sus buenos tiempos las criaturas parecían adormiladas, y á lo sumo volvían la cara hacia la luz cuando se encendía un fósforo, quedándose como pasmarotes; pero ahora, ¡recolchones y me paso las babuchas del profeta por las narices!, ahora el ángel de Dios cogía la estrella polar con la mano. Bueno, ¿y cómo era que aquel mico estaba enterado de tanta cosa que á él le costó noches y más noches, no pasadas en vela, de claro en claro, pero de horrible insomnio, aprender?

En un pronto pensó el sabio que todo aquello obedecía á no sé qué ley natural y de selección determinante é ineludible para el *crecimiento de la raza*. No se limitó á deducir, echando mano de todos sus recursos filosóficos, sino que apeló á las matemáticas, hizo números, emborrónó

sostuvo relaciones íntimas, murió al parir un hijo: un varón fuerte que no heredaba del padre, por lo visto, la suficiencia y el talento; pero sí lozanía y robustez. El sabio, además de sabio, era hombre sanguíneo, pletórico, á la sazón zagalote de recia musculatura y de colorados mofletes. El vástago le sirvió para confirmarse en la creencia de que eso del alma era música celestial, buena para alimento de ilusiones en linfáticos y tísicos.

Verdaderamente, puedo certificarlo, el retoño del Adrovev se caía de bruto: poco le faltaba para gruñir. Tanto que, andando el tiempo, el chiquillo no sirvió para nada útil, como no fuera para malgastar el dinero que había ido apilando (moneda sobre moneda) el padre, lo cual, según se mire, es una ocupación como cualquier otra.

El sabio no pudo meterle en la cabeza todo aquello del «ser y no ser, del hombre-naturaleza y del hombre sciable y del círculo en que se determina la personalidad consciente;» y lo que menos le pudo meter es que no debía sacrificar su individualidad ni la del sexo contrario. Román del Adrovev no se enamoró á lo sabio, sino como un bestia, y bestialmente le dijo un día á su padre que se casaba, y no es exagerado afirmar que, en efecto, se casó como un bruto.

Pero para que se vea que no siempre aciertan los refranes, el hijo zafio dió vida á un ser inteligente, del mismo modo que el padre docto había engendrado una acémila con figura de hombre. Del Adrovev tuvo una nieta monísima, avispada, en cuyos ojos se leía claramente el pensamiento casi desde el instante en que los abrió á la luz.

* *

Y aquí de los apuros del sabio, porque en aquel punto fué cuando dió el *cambiazo* que solemos dar todos.

cuartillas y más cuartillas, llenándolas de progresiones crecientes, y consultó las tablas de logaritmos, forzando el cálculo hasta lo inverosímil. Pero nada. Ya podía interpolar números y llegar á lo infinito; ya podía caer, de conclusión en conclusión, hasta la inmensidad de la idea: no había resolución posible para aquella equis monstruosa, absurda. «Monos fuimos y continuamos siendo monos» Miquín era la nieta del Adrovev; pero aquel mico ¡qué melones! no se parecía á los otros. Tenía de los micos el instinto de imitación, pero ¡con qué gracia, con qué talento! Y para decirlo de una vez, ¡con qué superioridad!

Perica (porque él la llamaba Perica, á pesar de haberle puesto Teresa en el acto solemne del bautizo) imitaba todos los gestos, todas las acciones de sus próximos parientes, pero lo hacía de tal modo, que no se diría si no que se burlaba al remedarlas de las puerilidades de aquellos chiquillos tan grandes y tan altos. En cambio, ¡cómo entendía, cómo, aun muchas de las enrevesadas palabras que en vano intentó el sabio hacer que hirieran el intelecto de sus discípulos! No hay palabras con qué explicar el fenómeno: á lo mejor se quedaba del Adrovev mirando fijamente á la niña y pensando: ¿será este ser incomprendible más viejo que yo? ¿sabrá más que yo sin haber abierto los libros que yo he leído? Y á tal punto llegaron estas preocupaciones, que una noche, en plena tertulia, mientras mecía cariñosamente á su *Perica* en los brazos, levantó la voz y dijo:

—¡Si seré yo el nieto de mi nieta!

Elenita del Adrovev era una niña de dos años, rubia como las espigas, de ojos inmensos. Era un



POESÍA ERES TÚ

ángel, y cualquiera pensaba, contemplándola, que no había otro remedio sino creer en aquella leyenda del ángel desterrado del paraíso; tenía toda la belleza ideal de Luz y todas las travesuras del demonio: ¡qué digo, hasta sus arranques de soberbia! Cuando se irritaba contra cualquier desmán de su abuelo, el sabio se sobrecogía de susto mirando aquel fulgor centelleante de unas pupilas en que, según su cuenta, sólo podía haber risas dulces, de idiota que despierta, ó pasmos estúpidos. Era un mirar fulmíneo regido por una voluntad claramente determinada, por una inteligencia superior.

¡Y esto era lo que volvía loco al pobre sabio! ¡Allí, en aquellas pupilas claras, despiertas, se descubría otro sabio, que no tenía una envoltura tan vieja y gastada, como él, suma y compendio del esfuerzo de cien sabios durante otras tantas generaciones! Así meditaba cuando llegó hasta él la diableja gritando:

—¡Güelo!, eres un buro: dices como los buros: ¡oo! ¡oo! ¡oo!

J. F. LUJÁN

(Concluirá)

De arte



OLVEMOS á tener entre nosotros á la incomparable Teresa Mariani.

Los carteles anuncian varios estrenos y por este motivo los aficionados al arte estamos de enhorabuena, pues al fin saldremos de la monotonía, de la rutina, de que las celebridades extranjeras no vengán á España más que á poner obras sobradamente conocidas y apreciadas por nuestros públicos.

La Rejane, La Sara Bernhardt, no dejaron de su paso rastro alguno, recuerdo de acontecimiento teatral; pusieron en escena las obras de siempre: *La Corte de Napoleón*, *La Dama de las Camelias*, *Frou-Frou*, *La Tosca* y como única nota del arte nuevo, del modo de hacer moderno, la primera se atrevió con *Zaza*. Y digo se atrevió, porque en este mismo periódico se hizo notar entonces que la Rejane no interpretaba la protagonista de la obra citada con la maestría, con la delicadeza con que lo hace Teresa Mariani, á pesar de que *Zaza* fué escrita expresamente para la eminente artista francesa.

Hay que advertir, y sírvale esto de estímulo á la artista italiana que ha empezado aquí de nuevo su campaña, que las dos citadas, Sara y Rejane, han llegado ya á la meta de su fama, que no la adquirirán mayor, por hallarse consideradas como las dos estrellas del arte escénico y que Teresa Mariani, en mi concepto ya nivelada hoy con aquéllas, está en condiciones de luchar y de luchar con fortuna hasta hacer brillar su talento por encima de todas, porque tiene condiciones abonadas para hacerlo, si sigue el camino emprendido de dar á conocer el teatro nuevo, que es en donde se pone de manifiesto el talento de la actriz.

Antiguamente, los efectos los ponía el autor al escribir la obra, de modo que con mucho menos trabajo y con menos cantidad de arte los actores arrancaban el aplauso de un público acostumbrado á aplaudir los convencionalismos más exagerados; hoy, no sucede esto ya: el autor escribe la obra tal como la siente, se fija más en caracterizar un personaje y en sostenerlo hasta el fin tal como lo ha concebido, que en buscar el aplauso acudiendo á artimañas inverosímiles y extravagantes. El actor ó la actriz, pues, tienen que poner de su parte el estudio y el talento necesarios: primero para llegar á penetrarse del carácter de los personajes que representan, y luego, para que del modo de decir, de la



—¿ESTARÁ QUE SE LA LLEVARÁN LOS DEMONIOS!
—NÓ. QUIEN SE LA HA LLEVADO ES EL PRIMO.

manera de hacer resaltar ese mismo carácter y ponerle de relieve, desprovisto de convencionalismos, surja el efecto y arranque por consiguiente el aplauso.

El efectismo teatral hoy no está en la forma de escribir, en las frases más ó menos retumbantes que el autor pone en boca de tal ó cual personaje, sino en el fondo, en las ideas que entraña, en la psicología; y esos efectos tiene que desentrañarlos el artista, hacerlos llegar á la superficie, presentarlos, por decirlo así, ante el público que le escucha, y, por lo tanto, para esto es preciso más talento que para decir más ó menos bien una tirada de versos ó una escena de prosa rimbombante y sonora, pero huera de pensamientos y de ideas sublimes, grandes, que es lo que debe llevar consigo el teatro moderno.

Ya sé que todo esto lo sabe y lo tiene olvidado de puro sabido Teresa Mariani; pero eso no obsta para que yo, en mi afán de abogar y de defender lo nuevo, lo moderno (entiéndase bien, lo moderno, lo nuevo, nó lo modernista, al modo que lo entienden Gual y otros que no son Gual) en el teatro, se lo recuerde y me regocije con que ella lo entienda y siga por el camino emprendido para bien del arte.

En este concepto único, no en otro, sea bienvenida la eminente artista.

CARLOS RÍA-BAJA



ILUSIÓN

HERRIGORGEN. • REPRODUCCIÓN ARTÍSTICA

MISCELANEA

Tengo el gusto de anunciar á ustedes que muy en breve favorecerán con su colaboración constante á LA SAETA reputados y distinguidos escritores madrileños.

El primero en honrarnos con su firma es D. Jacinto Benavente, como ustedes saben escritor de bien cimentada fama, á quien están dando envidiable popularidad sus artículos y sus comedias.

Así, sin anuncios pomposos, sin falsas listas, iremos poniendo este periódico á la altura que por su indole merece. Nuestro propósito es que figure entre los más amenos y literarios de la nación, y no hay duda que verán con agrado nuestros esfuerzos los lectores.

No te esfuerces, bella Elena,
ni pretendas demostrarme
que á pesar de lo ocurrido
puedes ser buena y amarme.

Yo rechazo tus razones;
por falsas, no las admito,
y si lloras ó no lloras
a mí se me importa un pito.

Sé que eres honrada y buena,
pero ya te he dicho antes
que no te miro á la cara...
¡si no aparecen mis guantes!

Continúa discutiéndose si estamos en el siglo XIX aún, ó vivimos ya en el siglo XX.

¡Todavía!
Los argumentos que se aducen y se repiten hasta la saciedad, no pueden ser más socorridos y vulgares.

Lo único nuevo y original en este caso es lo ocurrido el otro día entre dos caballeros, cada cual partidario de cada una de las dos teorías en que se basa la cuestión.

Uno de que habían transcurrido cien años; el otro de que sólo noventa y nueve.

La disputa se agrió en términos, que, ensarzándose, ensarzándose las palabras, llegaron al insulto, y los interlocutores se convirtieron en contendientes.

Salieron á la calle con aire de reto y desafío, y cuando ya esgrimían las armas y estaban á punto de agredirse, gritó uno de ellos:

—Un momento, camarada; se me ocurre una duda.

—Dí pronto, que no puedo ya con mi coraje.

—Si yo te mato á tí, seguiré en el siglo XIX; y si muero yo, tú en el siglo XX; pero el muerto ni en uno ni el otro. Luego tampoco así tiene solución el conflicto.

El interpelado reflexionó y repuso:

—Bueno, pues esperemos al año que viene, en que indudablemente los dos estaremos dentro del mismo siglo, y el que muera puede morir con toda tranquilidad.

Y el duelo quedó aplazado. Ya les diré el año próximo el desenlace.

Charada

Mi querida prima cuarta,
te dirijo esta misiva,
porque hoy me encuentro alegre
con ganas de *tercia prima*.

En el cabo de *dos cuarta*
me acordé de tí, chiquilla...

¿Te gusta á tí la *primera*?
Pues á mí nó, me horroriza...

¡Qué bailoteo más lindo;
poco... ¡diez horas seguidas...!
¿Y golfos?—Eche V. *golfos*...
¡Hay más que en la Corte y Villa...!
¡Qué mareos!, ¡qué pesares...!
¡qué molestias! ¡qué fatigas...!
Allí lo pierde uno todo,
¡hasta su nombre de pila...!
Juro que á no ser por tí
no hago yo la travesía...
Mi hermana *tercera cuarta*
á la *Todo* felicita,
por su efectuado enlace
con el Barón de la Pipa...
Queda aguardando la tuya
tu buen amigo:—Bonifa.

Por la copia
MORENO

Rombo

```

      *
     * * *
    * * * * *
   * * *
    *
    
```

Substituir las estrellas por letras de forma que, leído horizontal y verticalmente, expresen: 1.^a Consonante. 2.^a Conjunto de agua. 3.^a Imperio. 4.^a Pebida; y 5.^a Consonante.

A. ARROYO MANJÓN

Nombres en triángulo

```

      ●
     ● ●
    ● ● ●
   ● ● ● ● ●
  ● ● ● ● ● ● ●
   ● ● ●
    ● ●
     ●
    
```

Vocal. Pronombre. Mal. Nombre de varón. Consonantes. Vocales. Vocal.

CANDILEJA

Soluciones á lo insertado en el número 477:

CARTA-CHARADA.—Enamorado.

ESTRELLA.—

```

      C
     A S
    C A T A L Á N
   S A B A N A
  L A P I Z
 Á N I M A S
 N A Z A R I O
   S I
    O
    
```

TARJETA.—La Verbena de la Paloma.

Correspondencia

Tonto.—Versos van y versos vienen:

«Ladismit se ha rendido, vida mía:
¿y no te rindes tí?...»
¡válgame Dios, y cuánta tontería
se te ha ocurrido á tú!

R. S. L.—Verá usted; la idea me gusta, pero habría que meter mucha mano en la *fachada*, tanta mano que le parecería yo á usted un ministro tomando posesión después de una crisis radical.

Otra.—¡Otra que Dios! ¿De dónde has sacado tú, maño, que Pilarica y blanca son consonantes?

L. S.—Indudable: las flores dan perfumes;—el sol alumbrá, si no está nublado;—corren los ríos hacia el mar, y corren—los días que señala el calendario;—mece el viento las hojas de los árboles;—se oye cantar á lo mejor los pájaros;—se acuesta por la noche la doncella,—y en las noches de luna se ve claro;—y todo eso es motivo suficiente—para que escriba usted catorce cantos—de mal rimada solfa *endecasilaba*—llena de ripios que envidiara Paso?—Cuelgue usted el arpa, que si nó, es seguro,—de tal modo la adorna usted de pámpanos,—que se la traga sin querer, creyendo—hallarse en el pesebre de un establo.

J. C.—Procuraré arreglarlo, aunque son muchas las incorrecciones.

N. P.—Por lo pronto, eso del siglo no lo han tomado en serio más que los alemanes y usted. Sobre todo usted que me remite treinta y dos cuartillas para probar que hemos entrado en el siglo XX. Bueno; apúntese usted ocho (no ocho siglos ¿estamos? porque esos no los contará usted) y déjeme en paz; lo que yo puedo asegurarle sin meterme en tantas honduras y sin temor á que me desmientan, es que de aquí á cien años todos calvos.

Merlín.—Usted será un Merlín vuelto del revés: Merlín era sabio, y usted es todo lo contrario de sabio. ¿A que se oye, cuando anda usted, ruido de cascabeles?

F. L. S.—Endecha.

«Ya tengo edad para *bandearme*
y andar á la que salta y ser un pillín;
ayer el barbero empezó á afeitarme,
y el maestro de canto á enseñarme
á rascar las tripas á un violín.
Soy un pillín.»

Eso, un pillín. Se le ve á la legua.

J. P. de H.—Mujer, hemos convenido hace tiempo

varios *guasones* que no se escriba con *g*. En cambio gigante, no se ha escrito nunca con *j*. Almendra (*halmendra*, según usted) ni siquiera lleva *h* en el hueso, sencillamente, porque no lo tiene.

R. A. V.—¿No le parece que en lugar de la «elegía en verso», la pobre Teresa estimará mejor que le dé usted el pésame en prosa y lo más brevemente posible? No hay sinó ver el principio:

«¿Quién te dijera á tí *inmaterial* Teresa
que la luz del sol que á todos alumbrá no te alumbraría?
¿Eso es un verso ó un kilómetro cuadrado?

F. M. I.— «En un cantar te diré,
lo que yo quiero, Pilar:
quiero besarte en un pie...»
Y ella le contestará á usted
que ese ya es otro cantar.

Equis.—¿Que lo corrija? Prefiero hacerlo de nuevo, y en ese caso, ¿qué habrá suyo en el artículo?

A. F.—«Yo siempre he creído que eso de las comas no era importante...»


Pues ha creído usted mal: *eso* de las comas tiene su *aquel*: la puntuación dá carácter al escrito; es como el bigote y la barba y las patillas, que según se llevan así se hace una cara ú otra. Conque... ¡ayúdeme usted á sentir!

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon



Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRÍO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON ♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦ **PARIS**

Tipolitografía Seix: Calle San Agustín, 1 á 5.—Teléfono número 3541.—Barcelona Gracia)



de la Grande-Bretagne, 13 - PARIS

TOUT LE MONDE

Paris, 13 - Grande-Bretagne, 13 - PARIS



20 cents.

Num. 479

